

En medio de un dolor muy profundo, la seguridad de que Dios no nos abandona

“El sufrimiento es un estado ideal para la alabanza”

En febrero de 2010, el pastor Fernando Sánchez partió enviado por ABA a ayudar a los damnificados en Haití.

Hace unos pocos meses en un accidente automovilístico su único hijo Tomás de 21 años perdió la vida, asestándole a Fernando otro duro golpe. En medio de ese dolor indescriptible, comparte este escrito que es un canto de fidelidad al Señor y una enseñanza de la cual nadie está exento.

Pastor Fernando Sánchez

Miembro de la ABA



Haití, 2010

Mientras me desempeñaba como enfermero en una de las principales iglesias bautistas de la ciudad de Puerto Príncipe, en la capital de Haití; muchos hermanos en la fe de ésta y otras congregaciones se acercaban para ser atendidos, pero también una enorme cantidad de personas de otros credos se sumaban para sanar heridas, problemas respiratorios, oculares, etc.

Era un desconcierto generalizado: personas con lágrimas en sus ojos, otros gritando, dejando escapar un desahogo; mucho dolor, confusión, tristeza, soledad...

Tuve la hermosa experiencia de conformar un grupo sanitario con tres doctores y cuatro enfermeras estadounidenses, junto a tres o cuatro traductores de nacionalidad haitiana y dominicana.

Una gran multitud que dentro del templo se transformó en una clínica de atención médica y afuera una gran fila para ingresar y ser atendidos.

Recuerdo que la cantidad de personas asistidas en dos semanas fue de 1608, según la cifra que llevaba el médico líder del grupo.

Fue una labor ardua, cansadora al extremo. Terminábamos mojados de transpiración y luego en silencio –médicos y enfermeros- nos mirábamos cada final de jornada dando lugar a una charla grupal comentando las vivencias que más nos impactaban cada día.

Hablé sobre los rostros de los ancianos, los adultos, los jóvenes y en particular de los niños.

Sus miradas, tanto en cristianos como en otros: asombro, miradas perdidas ante tanto caos, sufrimiento y muerte.

Saqué en mi mente decenas de fotos de esos rostros. De niños que en algunos casos mostraban sus dientes en una sonrisa inentendible para ese contexto.

El miedo fue germinando en la mente de esa población. Dolencias, enfermedades, hambre y duelo eran la cara de la realidad en casi todo el país, sin comprender el porqué.

Donde la misma fe se ve opacada en algunos, en otros se fortalecen y lamentablemente en varios se apaga.

Era muy difícil comprender al que sufre la prueba; imposible el ponerse en los zapatos del que esta ciego por tormentos y dolor.

Los que viven sin fe en Dios, ¿qué recursos utilizarán para amortiguar la realidad? Y los que viven por la fe, ¿qué explicación teológica sería idónea ante tanta destrucción, confusión y muerte?

Comprobé que era más sencillo atender una infección corporal, componer una fractura, equilibrar la tensión arterial, quitar una partícula de un ojo, que saber dar con la palabra justa, la frase correcta y sabia al que acababa de perder sus seres queridos y pertenencias porque se lo había quitado la tragedia.

¿Cómo podía comprender poniéndome en ese lugar y tratar al menos de llegar al umbral de ese dolor?

Todavía hoy recuerdo esos rostros de miradas perdidas hacia un punto infinito.

¿Qué podía hacer? ¿Qué decir a esas almas que agonizaban de dolor?

¿Dios me había enviado a ese país cruzando medio continente sólo para curar algunas heridas y decir sencillamente: “pase el que sigue...”?

Por supuesto que no.

Argentina, 2016

Siendo casi las 10 de la mañana del 18 de agosto, recibí en mi lugar de trabajo una llamada telefónica informándome que mi único hijo, Tomás, radicado en la provincia de Tucumán acababa de tener un accidente automovilístico, se encontraba en un delicadísimo estado y que su vida corría riesgo.

Dejé todo y en pocas horas me encontré viajando hacia allí. Cuando faltaban 3 horas de las 16 que cubren el recorrido en micro desde Buenos Aires hasta esa ciudad, recibí un nuevo llamado desde el hospital para avisarme que lo máspreciado que Dios me dio, acababa de fallecer.



Eran las 5 de la madrugada del 19 de agosto.

Imposible expresar las sensaciones internas de esas primeras horas y días. El reconocimiento en la morgue, el momento de la sepultura de mi único y amado hijo, es algo totalmente inexplicable.

Todo, absolutamente todo, se cubre de dolor y la más profunda soledad.

La garganta se llena de nudos que impiden respirar y en mi caso de llorar. El dolor interno hace desaparecer toda sensación física –sed, hambre-, y el corazón parece detenerse.

Sacudo la cabeza constantemente para despertar a la supuesta pesadilla, que no lo es. La mente se bloquea encerrándose en una ultrajante confusión, desconcierto y enorme desesperación.

Absoluta agonía en la soledad absoluta

Hoy, después de algunos meses del accidente, vestido en un manto de duelo, puedo comprender algo el estado emocional de aquellos amigos haitianos, sus miradas alienadas por el sufrimiento en un desconcierto total.

La sensación de aislamiento que sufrimos cuando el dolor es tan entrañable se puede comparar a estar sumergido en la profundidad del océano.

Salmo 69:1-3 “Sálvame, oh Dios. Porque las aguas han entrado hasta el alma. Estoy hundido en cieno profundo, donde no puedo hacer pie; he venido a abismos de aguas

y la corriente me ha anegado. Cansado estoy de llamar, mi garganta se ha enronquecido, han desfallecido mis ojos esperando a mi Dios”.

Muy solo e incomprendido, sin aire, sin poder escuchar, sin poder ser escuchado. En obscuridad, con frío, sin fuerzas ni voluntad para intentar emerger. Casi nadie puede comprender esa desesperación; Job conocía bien esta situación. (Job 6:26)

El dolor que viví y vivo por el fallecimiento de mi hijo no se puede expresar con palabras, supera cualquier expresión literaria.

Sólo así, en este estado de desconcierto, pude comprender a mis queridos hermanos y amigos haitianos, en esta misma sintonía pude leer claramente sus miradas perdidas y entender sus sonrisas.

Esta experiencia me lleva a comprender más el inmenso amor que tuvo y tiene el Señor por cada uno de nosotros al haber entregado a su único hijo en el Calvario.

Qué injusticia sería no reconocer la muerte del Señor como actor de amor por nuestra salvación. Demos el valor que se merece a esa sangre que nos redime.

Pasar por el crisol de la prueba del dolor y superar esos tormentos nos refinan de manera especial. Realmente uno muere a sí mismo para que su Espíritu Santo crezca en nosotros.

Jesús hombre consultó a su Padre de ser posible, pasar por alto la prueba más trascendente de la historia humana. (Lucas 22:42)

Pero sabemos que fue obediente, aceptó la voluntad de su Padre. También se sintió solo y abandonado en el momento más sufriente de su vida. (Marcos 15:34)

Aprendí en el dolor la esencia de algunos pasajes bíblicos. Por ejemplo el Salmo 79; y de ese salmo mi accionar ante la prueba debiera ser acorde al versículo 13:

“Y nosotros, pueblo tuyo y ovejas de tu prado, te alabaremos para siempre; de generación en generación cantaremos tus alabanzas”.

Aunque con lágrimas de dolor, con la garganta llena de nudos, en soledad y sufrimiento, deshecho nuestro cuerpo: alabemos al Señor.

Él esta allí secando tus lágrimas, acariciando tu rostro, sufriendo a tu lado como estuvo con Jesús.

Jesús hombre tampoco lo percibía cuando decía: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”

Pero hoy sabemos que su Padre tuvo que retirarse un espacio corto, pero que jamás lo abandonó al igual que a nosotros los que pasamos por pruebas.

Él jamás nos abandonó, ni lo hará.

El pueblo de Haití sigue sufriendo los fenómenos de la naturaleza. Roguemos una vez más por ellos.

Señor ayúdalos. Ten misericordia de todos ellos. Ten misericordia de nosotros. Aún en la prueba, tómate fuerte del Señor.

*Cuando lloras por las veces que intentaste...
Tratas de olvidar la lágrimas que lloraste.
Solo tienes pena y tristeza el futuro y cierta espera.*

*Puedes tener paz en la tormenta.
Muchas veces yo me siento igual que tú.*

*Mi corazón anhela algo real,
El Señor viene a mí y me ayuda a seguir.*

*Ten paz en medio de la tormenta.
Puedes tener paz en la tormenta.
Fe y esperanza cuando puedas seguir aún contento hecho pedazos.
El Señor guiará tus pasos.*

Ten paz en medio de la tormenta.

Profundiza estos pasajes:
2° Timoteo 2: 12; Santiago 5: 11; 1° Pedro 2: 20 – 21.